DE HOMBRES Y SIRENAS

Carlos L. García-Aranda

IMÁGICA narrativa

Casi todo el mundo dedica su primer libro.
Creo que es una bonita costumbre.
Durante muchos años supe que el día que
me tocara a mí me bastarían tres palabras, y no
he cambiado de opinión.

A mi padre.

Nota del autor

No existe el pueblo de la costa cántabra donde se desarrolla una parte de esta novela ni, por supuesto, el hotel llamado El Refugio, ni tampoco la cala de la Sirena. Todo es fruto de la mente del autor. Que me perdonen todos los cántabros por haber osado alterar con mi imaginación una de las costas más bellas de España y del mundo entero.

Desear no es querer.
Se desea lo que se sabe que no dura.
Se quiere lo que se sabe que es eterno.

Jean-Jacques Rousseau

La agonía física, biológica, natural,
de un cuerpo por hambre, sed o frío dura poco, muy poco,
pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Federico García Lorca

Este amor de nosotros
nace de la amargura
del imposible abril donde agoniza
un corazón que aprieta las ventanas
con puñales de plata entre las sombras.
Nace de un corazón acorralado
que el mundo azota con brutal palabra,
y hasta sus altas rosas, sus estrellas,
va convirtiendo en sapos, en estiércol,
en carcajada y gestos inconfesables…

Julio Mariscal Montes

Prólogo

El intenso murmullo del local flotaba como una letanía distante, impregnando cada rincón con sus notas átonas y desacompasadas. La escasa claridad, que nacía de los viejos y opacos apliques de bronce clavados a las paredes, anegaba con una acogedora penumbra las mesas de madera. Junto a una de ellas, un anciano de aspecto elegante se sentaba en una vetusta silla y removía el café de la taza que se encontraba frente a él con lentitud casi enfermiza. Los sonidos que lo rodeaban le resultaban ajenos y distantes, como si las voces que inundaban sus oídos le llegaran desde una distancia inmedible, desde territorios ajenos a su percepción del mundo.

A pesar de su avanzada edad, se mantenía estirado y con la mirada expectante. Su rostro era delgado y demacrado. Un bigote blanco bordeaba la parte superior de una boca de labios estrechos y apretados. Sus mejillas, hundidas, mostraban arrugas que, como arañazos, discurrían inclementes hacia su cuello. Los ojos azules asomaban desde el fondo de dos marcadas cuencas, pero brillaban con un resplandor intenso, casi anhelante. La nariz era estrecha y coronaba su bigote con aristocrática elegancia. Había perdido casi todo el pelo y solo una estrecha franja, tan blanca como el bigote, le recorría el cráneo, sobre la nuca, de lado a lado. El resto de la cabeza estaba lisa y brillante; solo la frente mostraba los pliegues fruto de la edad.

Aquella tarde de abril había acudido a ese viejo café porque tenía una cita. Una cita acordada hacía más de cuarenta años con alguien que, casi con toda seguridad, no iba a acudir.

El paso de ese tiempo había hecho presa sobre su cuerpo, y también había mancillado las viejas paredes de aquel entrañable café

que él había frecuentado tantas veces. Había conocido aquellos muros, que ahora mostraban un tono amarillento, cuando aún eran blancos e inmaculados. Las mesas y las sillas se quejaban cuando te sentabas, y muchas ni siquiera eran las mismas en las que él había compartido tantas tardes de cálida tertulia, disfrutando del espectáculo que solía representarse en aquel viejo escenario que se levantaba a su derecha, y que ahora ocupaban otras mesas mucho más modernas que el resto. El viejo reloj de madera seguía allí, adherido a la pared, como una entidad viva que presidiera el ir y venir de tantos seres humanos. Estaba parado; llevaba muchos años marcando las doce y veinte, como insinuando que en ese lugar el tiempo se detenía para dar paso a los recuerdos que se amontonaban en las esquinas, a los ecos de voces y risas que resonaban entre los pliegues de los manteles.

El anciano miró su propio reloj de pulsera; las seis menos cinco. La cita era a las seis. Con parsimonia casi irritante removió de nuevo el café, que hacía un buen rato que había dejado de humear y se había quedado frío. Llevaba esperando más de media hora. Siempre había preferido llegar a las citas con mucho margen de tiempo, y ahora que las horas nacían y morían para él con mortificante languidez, con mucha más razón.

Junto a la taza descansaba una vieja cartera de cuero que había comprado hacía años. Estaba cuarteada, desgastada por los bordes y un poco descolorida, pero él la adoraba; era su cartera favorita. Por eso solo la utilizaba para guardar cosas importantes.

Movió una mano delgada y arrugada hacia ella. Sobre el dedo corazón aún se apreciaba la marca de la quemadura que se había hecho cocinando cuando tenía veinte años. Ya se había acostumbrado a verla cada vez que se miraba el dorso de la mano, pero esa cicatriz era menos profunda que las del otro corazón, el que aún latía en su pecho con pulso renqueante, tartamudeando día tras día la muda amenaza del último latido.

Abrió la cartera y empezó a extraer la carta.

Era un viejo papel de cuaderno, manchado y arrugado por el paso de los años, que aún conservaba intactos algunos de los taladros circulares que recorrían su borde izquierdo. Trató de extraerlo por com-

pleto para poder leer lo que había escrito en él, pero fue incapaz. Notó una especie de parálisis que no le permitió acabar el sencillo gesto.

¿Para qué leerla de nuevo? Se sabía de memoria cada palabra escrita, se sabía incluso los borrones de tinta que había provocado el paso del tiempo. Si cerraba los ojos podía visualizar cada línea, cada párrafo…

Volvió a mirar el reloj; las seis y un minuto.

No iba a venir.

Se humedeció los labios y levantó la taza de café con una mano temblorosa. Contempló cómo oscilaba la superficie del líquido y alzó la vista hacia la puerta de entrada. No había nadie. El pequeño fragmento de calle que se recortaba a través del cristal de la puerta se había congelado como una lámina cruel y reiterativa, una imagen inconmovible al paso del tiempo que anunciaba el abandono y el olvido.

El hombre empezó a preguntarse por qué estaba allí, por qué había acudido a aquella absurda cita que era probable que solo él recordara. Su aburrida y lánguida vida discurría por cauces soñolientos y aletargados. Para él, el pasado ya no eran más que sucias imágenes pegadas a los agrietados muros de su memoria; fotografías desvaídas y amarillentas, vislumbres de otras épocas iluminados solo por los leves destellos de una voluntad marchita y apagada. Los recuerdos que lo habían llevado esa tarde al viejo café eran los que mejor conservaba en aquella vetusta galería en la que se había convertido su ya cansada mente. Eran los cuadros más elegantes y valiosos, los que había cuidado con más cariño, las joyas de su maltratado pasado. Quizá por eso estaba ahora ahí, porque lo único que iluminaba los desvencijados corredores de su memoria eran las vivencias asociadas a la persona que estaba esperando.

Su rutina diaria era casi insoportable. Estaba cansado de leer una y otra vez las mismas viejas novelas, de pasear hasta altas horas de la tarde, de saborear su soledad cada minuto de cada día de su vacía e inútil existencia. El paso de los años se había convertido en un latido eterno, congelado en el tiempo, como el reloj del café. Su vida se había detenido en una sucesión de instantes perdidos y casi olvidados en los recovecos de su memoria, atesorados en imágenes difusas

y borrosas. Nada había cambiado desde entonces. Sus días se habían repetido con una semejanza fotográfica, vacíos de ilusión, preñados de impotencia. ¿Qué hacía allí? ¿Soñar con una imagen del pasado, con un fantasma que iba a emerger de sus recuerdos para anunciarle que ya era hora de morir? Sí, tal vez eso era lo que necesitaba, que la muerte, elegante y decidida, llegara, lo cogiera de la mano y lo sacara de ese mundo gris en el que ahora habitaba.

Hizo una mueca y miró el reloj de nuevo; las seis y diez.

Se terminó el café y dejó la taza sobre el plato. Se reclinó en la silla y el viejo respaldo de madera emitió un crujido seco, una queja que parecía nacer de su propia espera, de su quebrada esperanza. Miró de reojo la ajada cartera de piel y esbozó un amago de sonrisa. Por el borde asomaba un trozo de la desgastada carta. Como si aquella cremallera forzara una mueca de burla, un gesto de desprecio hacia su estúpida fe.

Levantó la vista y volvió a contemplar la puerta. Un hombre acababa de entrar y permanecía allí, de pie, mirando hacia esa misma mesa. Su maltratado y arrugado rostro no se inmutó, aplacada su viveza por el peso de los años; el recién llegado era un desconocido para él. Pero algo enredado en la deshilachada madeja de sus recuerdos asomó con timidez a su conciencia, y entonces supo que era él.

Un silencio irreal, inconcebible, inundó el café, como si todo el mundo, consciente de aquel momento, hubiera decidido callar para no herir el instante, para que los segundos lacraran la imagen de aquel encuentro en un reducto íntimo y secreto de la mente de aquellos dos hombres.

El que esperaba no quería llorar. Odiaba llorar, y más en presencia de gente, pero notó un escozor en los ojos. Sus párpados eran compuertas que sujetaban mares contenidos durante años, mares enloquecidos, llenos de pasión, pero también de dolor. Había fisuras en aquella presa, hilos quebrados que ya se extendían por su cuerpo, hasta sus brazos, hasta sus rodillas, presionándole el corazón como un alambre de espinas.

El hombre, más o menos de su edad, avanzó hacia él y se paró junto a la mesa ante la que se sentaba un ser humano que llevaba muchos años sin ver, alguien que, castigado por el tiempo, la fatiga

y el dolor, ahora lo miraba con ojos vidriosos. El hombre plantado de pie era alto y muy delgado, llevaba sombrero y vestía un elegante abrigo negro que había empezado a desabotonarse. Sobre los pliegues de la bufanda marrón que abrazaba su cuello descansaba un rostro estrecho y blanquecino, hendido de grietas, rasurado y un poco perfumado. El olor de aquella vieja colonia abrió ventanas que llevaban mucho tiempo cerradas en la memoria del hombre que esperaba, y permitió que la tenue claridad del local iluminara por un instante la densa oscuridad de su torturado cerebro, de sus recuerdos anquilosados.

El anciano sentado a la mesa lo miró de soslayo, con timidez, temiendo el efecto que eso podía provocarle.

Y en la mortecina penumbra de un viejo café, dos hombres que llevaban media vida sin verse se miraron de nuevo a los ojos, conscientes de que el paso del tiempo lo había cambiado todo, lo había destruido todo.

Ahora no había nada más. Solo ellos dos.

Ellos y el dolor.

Solo eso.

El anciano que esperaba no pudo aguantar más y rompió a llorar. Ante él acababa de sentarse el único ser humano al que había amado de verdad, que ahora le sujetaba la mano y lo miraba con ternura.

Y en ese preciso instante, cuando aquellas dos pieles volvieron a rozarse, las manecillas del viejo reloj de pared parecieron moverse, anunciando que, por primera vez en mucho tiempo, un latido en la vida de aquellas dos personas era lo bastante importante para ser medido.

PRIMERA PARTE

David

La juventud es un defecto que se corrige con el tiempo.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Envejecer no es nada; lo terrible es seguir sintiéndose joven.

OSCAR WILDE

1

Cantabria. Agosto del 2006.

Madrid lo había vomitado, incapaz de digerirlo con su acelerado y contaminado ritmo digestivo. David huía de la ciudad con la profunda determinación de quien anhela un respiro vital, una bocanada de oxígeno que le permita sobrevivir. No era la primera vez que afrontaba una situación así, pero no recordaba haberse sentido tan agobiado ninguna de las veces anteriores. Quizá porque veinte años era ya demasiado tiempo hundido en aquella fosa abisal de acero y cemento; necesitaba nadar hacia la superficie, ascender y ver de nuevo la luz, si no, se hundiría en un proceso que cada vez le costaba más controlar.

Cantabria, pletórica de prados y árboles, lo había ingerido con deleite, grabándose en sus retinas cansadas de los grises de la ciudad e instalándose en su cerebro como una imagen casi purificadora. El viento que entraba por la ventanilla sazonaba sus sentidos con fragancias vegetales, perfumes de flores y olor a pino y encina; aromas de campo y vida que inundaban sus pulmones y los refrescaban. Una cerrada curva hizo virar la carretera hacia la izquierda y el azulado horizonte del Cantábrico asomó por encima de un monte cubierto de vegetación, casi deslumbrándolo con su intenso azul. La fresca brisa, que quebraba la quietud de la superficie marina trasformándola en suaves olas que la adornaban con efímeras estrías blancas, alcanzó sus fosas nasales y las inundó de olor a mar; era como oler la paz.

Había salido de Madrid a las siete de la mañana y ya eran cerca de las dos. Solo había parado un cuarto de hora a tomar un café, y

la espalda y las piernas empezaban a quejarse; no estaba acostumbrado a conducir tanto tiempo seguido. A sus cuarenta años se mantenía en buena forma física, pero la falta de costumbre tras el volante estaba pasando factura a sus lumbares. David era de complexión normal, torso ancho y piernas robustas. Llevaba un pantalón corto blanco y unas deportivas del mismo color. Brazos de piel bronceada asomaban por las mangas de su fina camiseta roja, y el rostro, ancho y masculino, estaba adornado con una barba negra y bien recortada. Los ojos azules achinados y el pelo corto, casi rapado, solían trasmitir una impresión de vital masculinidad que en esos momentos parecía aletargada.

Mientras el coche ascendía, los desordenados pedazos de su vida se amontonaban en su cabeza, tratando de interceptar los mensajes de tranquilidad que le trasmitían sus sentidos y amenazando con volver a arrastrarlo al abismo, el mismo abismo que le esperaba allí siempre, dispuesto a tragarlo. Lo conocía bien; casi se había acostumbrado a vivir en él, pero la cautivadora belleza del entorno y la férrea voluntad que nacía de su determinación lo mantuvieron firme, agarrando el volante con fuerza, rumbo a aquel pequeño fragmento de la costa cántabra que había elegido como destino de su viaje. No sabía por qué, pero algo en su interior le decía que esa iba a ser su última huida.

La suavidad de las primeras notas del *Larghetto* del *Concierto para piano n.º 2* de Frédéric Chopin sonaron en el reproductor de mp3 que llevaba conectado al autorradio, y la sensación de paz y libertad que sentía se hizo incluso más palpable. Adoraba aquella pieza y los recuerdos asociados a ella, jamás había oído nada más bello. Cuando empezó a sonar la melodía principal, el oído, sumado a la vista y al olfato, fue conformando en su mente una escena de renacimiento interior, un lienzo virgen que anhelaba ser cubierto de colores y texturas, con suaves pinceladas nacidas de su renacida vitalidad.

«La belleza se asocia a la felicidad», pensó. Y él había conocido demasiado poco la felicidad, cada vez estaba más convencido.

A medida que se acercaba a su destino y el bellísimo fraseo del piano acariciaba sus oídos, David comprobaba que la elección del lugar había sido la adecuada. Aquella zona, con un clima más que agradable para los calurosos días de agosto que corrían, había sido

su primera elección de las muchas ofertas que había consultado en internet. El norte de la península se caracterizaba por sus temperaturas más suaves en la época estival, pero el pequeño pueblo que había escogido era incluso más fresco que el resto de la región.

Aquella pequeña localidad de la provincia de Santander parecía un lugar tranquilo, con pocos habitantes y menos turistas aún, pues contaba con solo tres hoteles en todo el municipio, que además no era muy grande. Había elegido uno llamado El Refugio porque el nombre le recordaba al de una vieja discoteca de Madrid a la cual él solía ir. Era pequeño, situado a las afueras del pueblo y muy cerca de una preciosa playa. Por las fotos promocionales, la zona y el lugar le habían parecido de una belleza increíble, y a medida que se acercaba iba comprobando que las imágenes no le hacían en absoluto justicia.

El Refugio surgió al otro lado de una colina baja. Se levantaba casi al borde de un acantilado no demasiado elevado, pero lo suficiente para ofrecer una espectacular vista del Cantábrico. David condujo hasta la entrada de un aparcamiento situado junto al hotel y estacionó el coche. En cuanto bajó, respiró con fuerza, embriagándose del olor a mar que allí era ya intenso. Cantabria lo saludaba con alegría, removiendo en su cabeza la confusión que lo había acompañado todo el viaje, deshaciéndola en volutas oscuras que se dispersaban en un cúmulo de pensamientos más acogedores.

El edificio era de diseño bastante moderno: cinco plantas, grandes ventanas, terrazas espaciosas… Subió cuatro escalones, cruzó un pequeño porche y entró. A su izquierda, un aséptico mostrador se prolongaba a lo largo de la recepción. Tras él esperaba una joven morena, de piel clara y ojos negros, con una tarjeta con su nombre prendida a la solapa de la chaquetilla. David se acercó a ella y se colgó la mejor sonrisa que pudo encontrar rebuscando entre su bajo estado de ánimo.

—Buenos días, tengo una reserva a nombre de David Morales.

La recepcionista le atendió con amabilidad. Era guapa. Sus rasgos, muy femeninos, expresaron un sutil y fugaz gesto de sorpresa. Se retiró un mechón de negro cabello de la cara y le regaló una sonrisa algo forzada y artificial. A David no le sorprendió; estaba acos-

tumbrado a provocar ese efecto en las mujeres. Cuando le entregó la llave de la habitación, la joven lo miró unos instantes sin perder el dibujo que formaba el gesto de sus labios.

La habitación no era grande, pero olía a limpio y resultaba muy acogedora. Tenía una cama con dos mesillas a los lados, un armario empotrado con las puertas cubiertas de espejos y un escritorio. Nada más entrar, a la izquierda, una puerta daba al cuarto de baño.

Colocó la maleta en el suelo, se sentó en la cama y dejó caer la bolsa a su lado, sobre las sábanas. Se sujetó la cabeza entre las manos. La espalda y las piernas enviaban entrecortados mensajes de dolor a su cerebro. Trató de relajarse e ignorarlos, y durante unos segundos sintió cierta inquietud y culpabilidad que pronto logró disipar. Hizo una mueca. Las últimas semanas no habían sido fáciles; había estado sometido a una intensa presión que le había desquiciado los nervios. Meneó la cabeza de un lado a otro. Aunque ya debería estar acostumbrado a aquellas sensaciones, llevaba muchos años padeciéndolas.

Se levantó y caminó hacia la puerta que había visto en la pared opuesta, al otro lado de la cama, y que conducía a una terraza que asomaba al mar. Salió y contempló el impresionante espectáculo. La habitación daba justo sobre el acantilado. El sol iluminaba una estrecha playa con hileras de tumbonas de madera a la que se accedía bajando unas escaleras que partían de una amplia terraza bar frente al hotel. El rumor del Cantábrico le susurraba olas con un murmullo que lo sumió en una breve y relajante paz. Cerró los ojos para concentrarse y disfrutar del momento.

Cuando volvió a abrirlos, miró a ambos lados de la terraza. Podía ver casi toda la costa que circundaba el pueblo. A la izquierda, el acantilado sobre el que se levantaba el hotel ascendía un poco más y giraba de forma brusca, lo que no permitía ver hasta dónde alcanzaba la playa; y a la derecha, muy cerca del hotel, la pequeña localidad que lo acogía se desplegaba hasta la orilla. Manojos de casas parecían brotar de la base de una escarpada montaña para asomarse inquietos al mar, sobre un pequeño puerto al que se accedía por dos escaleras de piedra con barandillas de hierro. Los pequeños barcos de pesca flotaban agitados por el oleaje. Aunque desde esa distancia

no podía oírla, sabía que entonaban su monótona sinfonía de crujidos de cuerda y madera. La tarde era luminosa y agradable. Al otro lado del pueblo, sobre un risco, se veía una amplia casa de grandes ventanales. A David le llamó la atención porque parecía de construcción más reciente que el resto.

Regresó a la habitación y se desnudó, dispuesto a ducharse. El agua resbaló sobre su cuerpo y le provocó una profunda sensación de relajamiento. Cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que le empapara la cara.

Cuando volvió a la habitación se miró en los espejos del armario y comprobó que su rostro mostraba una mezcla de alivio y preocupación. Colocó la maleta sobre la cama y la abrió. Buscó una muda limpia, unos pantalones cortos y una camiseta. Eligió una de Kukuxumusu en la que un grupo de vacas jugaban a las cartas en torno a una mesa y cantaban «mus»; siempre le había hecho gracia esa estúpida camiseta, y además era un regalo de Arturo. Sobresaltado, apartó el recuerdo de su cabeza y se sentó de golpe en la cama, exhalando un denso suspiro que se resistió a abandonar del todo su cuerpo. Se quedó unos momentos pensativo, mirando la bolsa de mano, y por fin la cogió y buscó en ella su móvil. Lo miró inexpresivo; estaba apagado. Durante breves segundos, su rostro mostró una profunda preocupación que se quebró en una mueca forzada, casi caricaturesca. Desvió la mirada del móvil, se mordió el labio inferior y decidió encenderlo. Cuando la pantalla se iluminó, una sucesión de pitidos le informó de que tenía varias llamadas perdidas. Nueve, en total. Todas de Arturo.

Volvió a morderse el labio; era un gesto que no podía controlar cuando estaba nervioso. Debía llamar a su madre; al menos ella tenía que saber dónde estaba. Sujetó el móvil en las manos, inquieto.

Meneó la cabeza de un lado a otro, con gesto de frustración, y decidió volver a apagarlo. Pero justo cuando estaba a punto de hacerlo, sonó. Era Arturo, por décima vez.

No quería cogerlo. Aquel pensamiento, aquella necesidad de negación había asaltado su voluntad miles de veces en los últimos veinte años. Siempre quería decir no, pero nunca lo lograba, así que atendió la llamada.

—Sí.

—David. —El relajado tono de su marido no le sorprendió. Conocía su estilo, y no era amigo de los gritos—. ¿Se puede saber dónde estás? Llevo toda la mañana tratando de hablar contigo.

—Arturo… No… no estoy en Madrid. —La saliva se había pegado a su garganta formando una especie de tela espesa, pero luchó por hablar.

—¡Cómo que no estás en Madrid! Pero ¿qué dices? ¿Otra vez con esas huidas tuyas? ¿Dónde te has metido?

—No… —Se detuvo, suspiró y luego continuó con voz entrecortada—. No te lo voy a decir.

Hubo una pausa de dos segundos eternos, colmados de denso silencio.

—David, si esto es por lo que pasó el fin de semana…

—No es por eso, ya lo sabes; lo hemos hablado muchas veces.

—Sí, muchas, y siempre…

—Esta vez no —le cortó—. Esta vez va a ser diferente. No puedo más, tenemos que aceptar lo que ocurre de una vez, dejar de ignorarlo; no podemos seguir juntos.

—Yo creía que todo estaba claro desde hacía tiempo, desde lo de Roma. Es que no puedes irte así cada vez que te sientas mal, mi amor. Me preocupo mucho por ti. —Hizo una estudiada y teatral pausa, muy en su estilo—. Sabes lo mucho que te quiero, ¿verdad?

—Arturo, voy a colgar.

Se apreció un leve suspiro al otro lado de la línea. En veinte años, Arturo jamás le había gritado, pero sus suspiros le sonaban ya atronadores.

—Amor mío, escúchame…

—Adiós.

—Cariño, escúchame, por favor. —Hubo una ligerísima subida del tono de voz; tan ligera, que solo David estaba capacitado para percibirla.

Colgó, apagó el móvil y sintió como lo inundaba de nuevo la doliente tristeza.

2

Tras terminar de comer, David decidió subir a la habitación para cambiarse y coger la toalla de baño. Quería bajar un rato a la playa, como había planeado. No se olvidó de las gafas de sol y el iPod. Lo metió todo en la pequeña bolsa de mano, que se colgó del hombro, y salió al pasillo. Al volver a pasar por la recepción se acercó al mostrador para preguntar acerca de las tumbonas que había visto desde la terraza. La guapa recepcionista de la mañana había sido reemplazada por un hombre robusto, de pelo corto y barba espesa que le confirmó que eran propiedad del hotel, aunque solían usarlas casi todos los veraneantes; la dirección no era demasiado estricta con ese tema.

David lanzo una sonrisa al guapo recepcionista y cruzó la terraza que daba acceso a las escaleras, donde algunos clientes del hotel formaban grupos en torno a las mesas. Era la hora del café, y el lugar estaba bastante lleno.

La escalera no era demasiado empinada y constituía un acceso bastante cómodo. Cuando llegó a la playa comprobó que estaba formada por multitud de piedras de diversos tamaños mezcladas con una arena fina y de color gris claro. La tarde era soleada y la brisa marina seguía soplando con suavidad. Se había puesto bañador negro, camiseta blanca y chanclas. Se dirigió a un par de tumbonas, extendió la toalla sobre una de ellas y se recostó.

El sol de la tarde no era tan agresivo como el de la mañana, así que decidió quitarse la camiseta. Nunca le había obsesionado el tema del bronceado, más bien todo lo contrario, pero le agradaba notar la brisa en el pecho. Además, necesitaba relajarse, no podía evitar sen-

tirse intranquilo, y era algo que no le gustaba. Quería calmarse un poco tras su conversación con Arturo. Sacó el iPod de la bolsa y se colocó los pequeños auriculares. Volvió a seleccionar la pieza de Chopin y la puso a un volumen bastante bajo. Luego dejó el reproductor en la toalla, junto a su cintura, y se puso las gafas de sol.

Lanzó un suspiro y observó la playa. Cerca de la orilla, un par de muchachos de unos doce años jugaba con un balón de goma, corriendo cerca del agua y dejando sus pisadas marcadas en la arena. Algunas veces, el balón flotaba sobre las olas y los dos corrían salpicándose agua el uno al otro para recuperarlo. No pudo evitar recordar sus años de juventud, cuando vivir era menos complicado y él aún creía en el amor, en la tranquilidad que da la vida en pareja. Arturo se había encargado de cambiar todo eso y hacerle ver lo complicado que es a veces amar a alguien. Pero eso iba a cambiar. Tenía que cambiar.

Cerró los ojos y el calor del sol le reconfortó. Hasta sus oídos, mezclados con la suave pieza musical, llegaban los gritos de los muchachos que jugaban en la orilla. Con una suavidad nacida de aquel momento distendido, su mente viajó al pasado, a aquella lejana noche de mediados de los ochenta, cuando Arturo había llegado a su vida.

•

Madrid. Julio de 1986.

Los Pet Shop Boys y sus chicas del West End londinense tronaban a través de los enormes altavoces colocados en dos de las esquinas de la amplia terraza. La noche madrileña era calurosa y despejada, pero la claridad de la luna apenas se apreciaba allí, diluida por el humo de los porros y el resplandor que desprendían las hileras de lucecitas que colgaban sobre los asistentes a la fiesta, enlazando varios postes de hierro pintados de colores fosforitos.

—Oye, Samuel, creo que no debería haber venido, esta fiesta es muy aburrida —comentó David, y luego soltó un lánguido suspiro que acompañó con una mueca de resignación.

A su lado, Samuel competía con el resto del atrezo de la fiesta,

puesto que no resultaba difícil confundirlo con uno de los coloridos postes que sujetaban las luces. Era muy delgado, de piernas finísimas, y se había puesto unos pantalones blancos tan ajustados que casi parecían pintados sobre la piel. Al verlo, David se había preguntado cómo demonios se los habría enfundado. Llevaba una camiseta de redecilla de un verde fosforescente que dejaba entrever su pecho depilado, cuidado y moldeado gracias a interminables e intensas sesiones de gimnasio. Su cara lisa y estrecha, de labios finos, mejillas brillantes y nariz picuda, estaba cubierta por varias capas de caro maquillaje. Para colmo, se había plantado un sombrero vaquero amplio, de un fucsia chillón, coronado por una enorme y ondeante pluma blanca, por debajo del cual sobresalía, hacia un lado, su ensortijada mata de cabello negro.

Samuel había nacido en Madrid, de padres y abuelos madrileños, así que se podía decir que era un gato de pura sangre. Desde pequeño, su feminidad le había rezumado a borbotones hasta por debajo de las uñas, que no dudaba en pintarse en cuanto pillaba a su hermana desprevenida y podía cogerle el esmalte. Su madre contaba que una vez le sorprendió embadurnándose la cara con sus pinturas, y que al ser descubierto no solo no se avergonzó lo más mínimo, sino que le expresó lo mucho que estaba disfrutando y que quería salir a la calle para que le vieran todos los vecinos. Samuel presumía de su homosexualidad con auténtico orgullo, decía que él había salido del cajón de una coqueta porque salir del armario era demasiado vulgar, y que se ponía zapatos de tacón para ir por las noches al baño porque una dama debe serlo hasta cuando evacúa. Su vida no había sido fácil, eso desde luego, pero recibir insultos de todo tipo e incluso alguna agresión física por parte de sus compañeros de instituto había hecho de él un hombre fuerte, capaz de aguantar lo que le echaran, sin complejo alguno. Afrontaba la vida con una seguridad aplastante, cosa que desconcertaba sobremanera a ciertos personajillos de casposa moral y rancia ideología que se cruzaban en su camino, porque él ya no le temía a ese rechazo social que ridiculizaba con agudo y mordaz ingenio a lomos de su mareante verborrea. Se hacía la manicura, se depilaba las piernas y el pecho, a veces se pintaba los labios y en ocasiones hasta se ponía collares, medias y pelucas; pero

eso sí, nunca se vestía completamente de mujer porque decía que él era un hombre de los pies a la cabeza, solo que encerrado en el cuerpo de una elegante dama. Empezó pronto a salir al ambiente gay, en cuanto tuvo su primera experiencia sexual con el representante de Avón que había venido a su casa a venderle cremas y potingues a su madre, y que resultó ser una musculoca amariposada de tez bronceada asidua a los bares de ambiente. Como su madre había salido a comprar, pronto se pillaron el rollo el uno al otro, y echaron un polvo salvaje que empezó en el sofá del salón y acabó con los dos revolcándose por la alfombra, acercándose a aquella vitrina que su madre había llenado hasta los bordes con su frágil colección de porcelana, y que osciló tintineante a escasos milímetros del envite de los fogosos amantes. Samuel convirtió el barrio de Chueca en su hogar, en la catedral de su procaz y descocado amaneramiento, en el templo donde rendir culto a la Virgen de la Verga Vigorosa, la única deidad que le interesaba y en la que creía; y no por ser virgen —cosa que a él le escandalizaba sobremanera—, sino por aquel nombre tan recio y descriptivo. En realidad, la susodicha virgen era un enorme vibrador al que Samuel había bautizado así, y al que rezaba y acariciaba en ocasiones por las noches, cuando se sentía solo y necesitaba compañía divina; su fe se basaba solo en las magníficas obras de caridad y el placer celestial que le proporcionaba aquel eficaz instrumento en los momentos solitarios. A Samuel le gustaban los jovencitos depilados, imberbes, lampiños, delgados y a poder ser muy bien dotados, pero la mayoría de las veces acababa en la cama con el primero que se le cruzaba, pues estaba convencido de que él no era una mariquita al uso, y que encontrar a alguien que se sintiera atraído por la Barbie Perlas solía resultar bastante complicado. Aun así, cada fin de semana se calzaba sus zapatos de marca, se vestía con los modelos más elegantes que hubiera encontrado e inundaba su rizada melena con medio kilo de laca de las caras, de la que usaban los amanerados peluqueros de las artistas. Luego, frente al espejo, se besaba el índice y el corazón de cada mano y los llevaba hasta sus mejillas —maquilladas como es debido, por supuesto— para darse a sí mismo esos dos besos que lo convertían en la reina de la noche madrileña y lo inflaban de autoestima. Su taconeo sobre las aceras de Chueca mar-

caba el ritmo de su vida con orgullo, y hasta se acompasaba con los latidos de su corazón, que aguardaba anhelante y sereno la llegada de aquel hombre que lo arrancaría de aquella vida de perra despendolada y lo haría enloquecer de amor. Era un sueño que yacía soterrado entre sus risas y sus gestos plumíferos, bajo su loquerío y su alegría impúdica y desbocada; un profundo deseo de ser amado que lo acompañaba cada día de su vida allá donde fuera. Pero a Samuel no le importaba esperar el tiempo que fuera necesario, porque no tenía prisa por encontrar el amor; vivía la vida como quería y era como le daba la gana, nadie le mandaba lo que tenía que hacer, cómo debía vestirse o con quién tenía que follar, y aquello, al fin y al cabo, era casi como estar enamorado, pero de la libertad.

Una noche, a mediados de 1984, Samuel se puso una blusa monísima que parecía de Dolce&Gabbana, pero que en realidad estaba comprada en las rebajas del Zara —aquellos brillantitos cutres que la adornaban casi parecían de verdad—, y decidió pasar el resto de la noche sentado en la barra del Black & White, un local adonde iba con frecuencia porque el camarero estaba como un tren y además se sabía la vida y milagros de la mitad de Chueca. Casi nunca ligaba, para él eso era complicado, pero al menos estaba distraído y se echaba unas risas mientras se recreaba la vista mirando los brazos musculosos de aquel maromo. Y fue esa noche cuando vio entrar a aquel jovencito con cara de asustado, barbita recortada y ojillos brillantes enfundado en unos vaqueros dos tallas por debajo de la suya y una camiseta blanca que le marcaba pectorales y pezones con artística belleza. Miraba hacia todos lados, tímido e inseguro, mientras el resto de los clientes clavaba su lasciva mirada en él, en aquella pieza de jovencísimo macho que nadie conocía y que todos soñaban ya con llevarse a la cama. Samuel no pudo dejar de mirarlo y, aun sabiendo que aquel morenazo no se iba a fijar en una dama de la colorida mariburguesía madrileña como él, le resultó imposible evitar cierto ramalazo de ternura ante su evidente torpeza e inseguridad al verse rodeado y observado por tanto hombre —porque Samu sentía ramalazos muy a menudo; de todo tipo, además, muy floridos algunos—, así que decidió acercarse a él para darle conversación. El muchacho, que ya había llegado a la barra y le había pedido una cer-

veza al camarero, dio un respingo cuando Samuel se colocó a su lado y le habló al oído con voz susurrante y lasciva: «Hola, cariño, me llamo Montse y soy ninfómana». El chico empezó a reírse de forma nerviosa y enseguida se presentó; se llamaba David. En cuanto escuchó su nombre, Samuel le rodeó el cuello con los brazos y, tras darle un dulce beso en la mejilla, le dijo: «Miguel Ángel debió de inspirarse en un hombre como tú, mi amor».

Estuvieron juntos casi toda la noche, mientras mariquitas perfumadas y acicaladas, disfrazadas de machos y aparentando hombrías teatrales se paseaban junto a ellos tratando de captar la atención del recién llegado, cosa que no consiguieron. Aquella noche Samuel le sirvió a David para romper el hielo en un mundo que desconocía, puesto que era la primera vez que pisaba un local de ambiente gay, y su amaneramiento y su desparpajo enseguida captaron la atención de aquel muchacho desconcertado, que tardó poco tiempo en comprobar que debajo de aquel saco de plumas multicolores había un corazón grande y bondadoso. Se volvieron inseparables, y Samuel se dedicó a presentarle a todos sus amigos del ambiente, que eran muchos, pero tan vacíos y superficiales que solo veían a Samuel como un bufón amanerado y divertido con el que reírse, y a veces del que reírse.

El mundo del ambiente que se encontró David le resultó sorprendente porque ponía al alcance de su mano de forma sencilla algo que a él le había parecido muy complicado: mantener relaciones sexuales con personas de su mismo sexo. Al principio todo empezó a girar en torno a ese único cometido, que estuvo a punto de convertirse en una obsesión para él. Por fortuna, contaba con la ayuda y los consejos de su amigo, que ya había pasado por aquello y se encargó de tranquilizarlo, explicándole que todo eso que estaba viviendo era solo la euforia del principio, la locura que contagia el ambiente los primeros años que lo pisas, y David, con su corta edad, pronto comprendió que aquel camino, pese a ser deslumbrante y estar repleto de la falsa sensación de bienestar que trasmite el sexo, tampoco conducía a ningún sitio, o al menos no a uno adonde él quisiera ir. Aquella borrachera de sensaciones que provocaba el ligue desenfrenado se culminaba en muchos de los bares de Chueca que frecuentaban,

desde el Black & White, donde se habían conocido, hasta el Ricks o el Cruising, porque a este último se iba más a buscar contacto físico que a beber copas. Cuando la noche no se daba bien, solían acabar en la discoteca Ales, punto de encuentro del mariconeo nocturno madrileño pasadas las dos de la madrugada, bailando al ritmo del *Like a virgin* de Madonna, el *Relax* de Frankie Goes to Hollywood o el *Thriller* de Michael Jackson.

Samuel se encargó también de mostrarle a David las zonas de *cruising,* áreas al aire libre para buscar sexo rápido, como la «finca de papá», tras la facultad de Derecho de Ciudad Universitaria; el Retiro, cerca de la estatua del Ángel Caído; la Casa de Campo, o el famoso obelisco a los Caídos por España de la plaza de la Lealtad, frente al Hotel Ritz, donde los chicos paseaban lujuriosos en torno a aquel monumento fálico, bordeando la verja de hierro que lo delimitaba, en busca de un hombre con el que retozar para acabar la velada.

También iban a saunas, donde David ligaba tanto que Samuel acababa volviendo solo a casa para rezarle a su idolatrada virgen. En general vivían la noche madrileña con pasión e intensidad, dispuestos, como muchos de los gais de aquella época, a disfrutar de su sexualidad con auténtico frenesí, libres ya de los oscuros años del franquismo, que habían quedado atrás. Eran conscientes de que aquella forma de vida suya le parecía una aberración a mucha gente, pero se sentían felices y contentos porque aquella gente les importaba a ellos una auténtica mierda.

Pero la amistad de Samuel y David no solo se limitó a los círculos del ambiente. Disfrutaban tanto de su mutua compañía que con frecuencia salían a cenar, a tomar café —aunque en ocasiones la costumbre los llevara al Café Figueroa, en pleno corazón de Chueca— o iban al cine o al teatro. Samuel vivía solo en un minúsculo piso de la calle de la Reina, que tenía adornado con montones de fotos de Audrey Hepburn, su actriz favorita, y de Village People, el grupo que más le gustaba y del que se sabía muchas canciones. En ese tema no coincidían, pues David adoraba el sonido tecno de principios de los ochenta y se pasaba el día oyendo en su *walkman* a Depeche Mode, Yazoo, The Human League o Soft Cell. David y él habían pasado veladas interminables en aquel pintoresco y acogedor salon-

cito tomando té verde, el favorito de Samu, y *gin-tonics* de Beefeater, los preferidos de David; charlando sobre sus vidas, por muy aburridas que les parecieran a veces, y desnudando su alma con elegante discreción, tanteando el terreno donde pisaban al hablar y siempre tratándose el uno al otro con infinito cariño y respeto.

—Calla la bocaza esa que tienes y disfruta. ¿Acaso crees que a todo el mundo lo invitan a una fiesta en el ático de uno de los diseñadores más famosos de Madrid? No seas sosa.

—Pues no sé —respondió David—, no me gusta el ambiente que hay, todos parecen muy serios y estirados; es como en todas partes, y huele mucho a porro.

—¿Como en todas partes?

—Sí, mariquitas estiradas sintiéndose el ombligo del mundo, lo de siempre. Ropa de marca, cuerpos de gimnasio, culto al físico, sonrisas forzadas… —Samuel asintió con cierto desdén, porque sabía que su amigo estaba en lo cierto.

David había optado por unos vaqueros y una camiseta blanca de tirantes bastante discreta y holgada, porque había echado un poco de tripa y no quería que se le notara mucho —«Ningún símbolo de ostentación gay», como él decía—, pero llevaba la barba recortada y se había rapado el pelo casi al cero. Al lado de Samuel parecía el chico de los recados.

—Deja de quejarte, muchacha desagradecida —le reprochó su amigo—, mira la cantidad de hombres que hay. Anda, métete una rayita, que sé que has pillado y ni siquiera te has molestado en invitarme. —Volvió la cara con gesto digno.

—No me gusta este tipo de hombres, ya lo sabes. Y no he pillado, no sé de dónde has sacado esa idea. Estoy pelado de pelas y además no me va nada ese rollo.

—Ay, qué aburrimiento eres a veces, María del Mar. —Mientras hablaba, Samuel agitaba de un lado a otro su mano izquierda, repleta de anillos, como si la muñeca se le hubiera dislocado de pronto—. Si no puedes drogarte, pues tírate a algún chulazo de estos, y así te distraes, mujer. Alguna vez podías dejarte llevar por un joven lampiño y musculado; ibas a saber tú lo que es un hombre de verdad, como canta Alaska.

David echó un vistazo a su alrededor y comprobó que era así: la mayoría de los invitados eran hombres jóvenes muy guapos y elegantes, casi todos vistiendo ropa de marca que les permitía mostrar sus magníficas musculaturas y sus bien formadas anatomías.

Samuel suspiró mientras se llevaba a los labios la pajita que emergía de la estrecha copa rellena de un líquido rojizo que sostenía en la mano derecha, la que permanecía estática, a salvo de sus enloquecidos derrames de pluma.

—¿Has visto la mesa de las bebidas? —Samuel apuntó con un finísimo dedo hacia una hilera de mesitas donde se repartían las botellas y los vasos. Junto a ella se alineaba una fila de muchachos guapos y serios, dispuestos a colgarse en cualquier momento la sonrisa para servirte una copa. Todos llevaban pantalones de vestir negros, fajines del mismo color y zapatos de etiqueta, pero en la parte superior solo lucían una pajarita, exhibiendo torsos depilados y relucientes—. ¡Virgen de la Verga Vigorosa, qué pedazo de hombres! Parecen fruto del hechizo de alguna bruja mariquita que hubiera usado el catálogo de Calvin Klein como grimorio. —La frase sonó ácida, muy en el estilo de Samuel.

—¿Y no conoces a nadie? —prorrumpió David—. Porque yo he venido a ver si me presentabas a algún tío bueno, pero no haces más que mirar desde debajo de ese sombrero chillón que te has puesto. ¿A qué viene disfrazarte de vaquero gay? Estás dando el espectáculo.

El aludido lo miró por debajo del ala de su sombrero con ojos finos, dejando que sus labios se estrecharan en una mueca muy amanerada.

—Cariño… —Hizo una pausa, dejando colgada la frase, y parpadeó de forma exagerada mientras sorbía de la pajita—. Todo en esta fiesta es un espectáculo, ¿dónde crees que te has metido? Además, este sombrero es la moda Village People; pero mira que tienes poco sentido del humor. —Meneó un poco las caderas entonando a media voz *In the navy*. Cuando se volvió a quedar erecto, añadió—: Pues verás, no te he presentado a nadie porque a una fiesta como esta no creo que venga ningún granjero de esos que a ti te gustan. ¿Acaso has visto algún tractor aparcado abajo?

—No me gustan los granjeros.

—¡Vaya que no! —refunfuñó Samuel—. Campesinos, hija. Gordos y peludos. No sé qué gracia le ves a tanto pelo. Y seguro que prefieres que te gruñan en lugar de hablarte, y hasta que te muerdan. —David estaba cansado de que su amigo se metiera con el tipo de hombre que le atraía, así que en esas ocasiones ni le rechistaba—. Pero no te desanimes, que igual se estropea la luz, llaman al electricista y viene uno gordo con un mono sucio y con la cremallera bajada hasta la tripa, enseñando pelambrera. Seguro que te pones cardiaco.

—Pero mira que dices tonterías, Samu. —Los Pet Shop Boys habían sido reemplazados por el *Blue monday* de New Order. Samuel miró a David con ojillos, pestañeando de nuevo, mientras le lanzaba un beso usando la palma de la mano que le quedaba libre.

Aquel ático pertenecía a Esteban López Garrido, uno de los diseñadores de ropa más famosos de Madrid, y del mundo. Samuel conocía a su pareja, un tal Vicente, desde la infancia, por eso lo habían invitado, y él había decidido pedirle a David que lo acompañara a tan importante evento porque no le apetecía ir solo.

—Creo que voy a tomarme una copa —exclamó David—. Este sitio es un tostón. Menos mal que la música es buena.

En ese momento sonaban Alaska y Dinarama, y la enfebrecida masa de invitados pareció enloquecer de pronto, cantando a voces el conocido estribillo. Samuel dejó la copa en una minúscula mesita y empezó a agitar las caderas al ritmo de la música.

—¡Mil campanas suenan en mi corazón —cantaba—, qué difícil es pedir perdón…!

David le dio la espalda y se dirigió a la barra. El camarero, lo más parecido al muñeco Ken que había visto en su vida, lo atendió con amabilidad, mostrando una dentadura tan blanca que casi parecía postiza. Pidió un *gin-tonic* de Beefeater y recorrió con la vista la fiesta y el público que lo rodeaba. La pista habilitada en un lateral de la amplia terraza hervía de loquerío: labios apretados simulando besos, contoneos femeninos en caderas masculinas y hombres que se recogían el pelo con las manos como si estuvieran dispuestos a anudarse una coleta mientras agitaban la pelvis con espasmos descontrolados que habrían hecho palidecer de envidia a la mismísima Shakira, que en esa época todavía era una tierna niña de solo nueve añitos en su

Colombia natal, sin saber que en el futuro se convertiría en la reina del sacudimiento de trasero. Alrededor, sentados en algunas mesitas bajas bordeadas por sillones, podía verse a alguna pareja dándose el lote y disfrutando de la velada entregándose a placeres más carnales que la música y el baile. En el centro de la amplia terraza estaba el apartamento del tal Esteban López Garrido, al que solo se accedía en un ascensor privado, algo que justificaba la privacidad de la fiesta y el olor a maría que se elevaba hacia la estrellada noche. En ese momento, el anfitrión hizo su aparición estelar, que siempre reservaba hasta la mitad del sarao para poder sumergir su elegante y grácil persona en las ovaciones de los presentes, aunque nunca quedaba claro si le vitoreaban a él o a sus fiestas repletas de música, drogas y sexo. Cuando el camarero le dio el *gin-tonic,* David regresó junto a Samuel, que en esos momentos bailaba enloquecido al ritmo de Mecano.

—Ese es el tal Esteban, ¿no?

Samuel resoplaba, agotado de tanto meneo, pero pudo responder a su amigo.

—Sí, querido, sí. La reina de la noche madrileña. Ella y Almodóvar, claro. Que por cierto, suele venir con frecuencia a estas verbenas gais que tan de moda se han puesto en Madrid, pero hoy no lo veo por ninguna parte. —Volvió a resoplar—. Una pena porque quería pedirle que me sacara en su próxima película. ¿No te parezco cinematográfica? —Samuel miró a su amigo apretando los labios y con gesto afeminado mientras sostenía su copa con el índice y el pulgar y mantenía el resto de los dedos tan erectos como su virgen particular. David meneó la cabeza de un lado a otro con gesto de resignación. A veces, el continuo derrame de pluma de Samuel le agobiaba un poco.

Junto a Esteban había entrado un hombre corpulento, con pelo cortado a cepillo, barba oscura tupida, ojos estrechos y nariz ancha. No se separaba de él en ningún momento.

—¿Y quién es ese que va con él? —preguntó David.

Samuel miró hacia donde apuntaba su amigo y soltó un nuevo suspiro.

—Ay, cariño, ya encontraste a uno de los tuyos. Es el guardaes-

paldas personal de Esteban. Arturo, creo que se llama. Pero olvídate, le gustan los maniquíes depilados, ni se fijará en ti, será como si estuvieras hecho de cristales de Swarovski.

David no podía apartar la mirada del tal Arturo. Apretado en su traje, camisa blanca, elegante corbata granate y fajín negro, sonreía a cuantos se acercaban a saludar a Esteban pero no lo perdía de vista, por si se veía metido en algún lío.

—Preséntamelo.

—¿Al gordo? —Su voz era de nuevo chillona, con ese tono atiplado que la caracterizaba—. Pero ¿qué dices?, si no lo conozco.

—Pero conoces a Esteban; acércate, salúdalo y dile que te lo presente.

—Ay, María de las Mercedes, qué cruz tengo contigo. Estás rodeado de efebos griegos y te fijas en el lorzas ese. ¡Ay, qué pesado, qué pesado! —cantó Samuel al ritmo de la música—. Tú sí que eres pesado, cariño —añadió, ya sin cantar—. No sé cómo te aguanto.

—Pues porque en el fondo me quieres. —David sonrió—. Venga, quiero conocer a ese tiarrón.

Samuel lanzó un suspiro y después contoneó sus caderas con elegancia entre los presentes, sin alejar demasiado su mano izquierda de la barbilla para seguir moviéndola con esos floridos giros y que se apreciara bien. David lo siguió con cuidado, esquivando mariquitas descontroladas que en ese momento iban a mil al ritmo de Olé Olé. Cuando David vio a Arturo de cerca, casi se le paró el corazón. Era perfecto. Guapo, viril y masculino; como a él le gustaban.

Samuel logró esquivar a un joven que sujetaba una copa con dos dedos, manteniendo su espalda tan curvada hacia atrás que casi parecía que iba a partirse, y se colocó junto a Esteban, que enseguida lo reconoció.

—Amor mío. —Su voz sonaba como la de Sara Montiel con varias copas de más—. Vicente me dijo que vendrías, ¿no está él por aquí?

—Sí —exclamó Samuel—. Está por ahí, ya lo he saludado hace un rato. Andará perdido en alguna orgía de las suyas o imitando a Rocío Durcal cantando *La gata bajo la lluvia*. —Se detuvo y luego puntualizó—: Lo hace en cuanto está entre amigos de confianza; es que ella es así de trágica y siempre quiso ser una estrella de las ran-

cheras. —Se paró y forzó una sonrisa acompañada de un meneo casi eléctrico de su cabeza que hizo ondear la pluma blanca de su sombrero—. Mira, quiero presentarte a mi amigo David.

El aludido se adelantó unos pasos y le estrechó la mano a Esteban, pero sin perder de vista a Arturo, que se había parado justo detrás.

—Encantado, David —recitó Esteban con un tono ensayado hasta la saciedad para saludar a miles de personas que le importaban un bledo—. Me alegro de conocerte.

David no dejaba de mirar a aquel hombretón que permanecía en la retaguardia. De pronto, percibió que él también lo miraba y dejaba caer una tímida sonrisa. No pudo evitar un escalofrío de deseo y se imaginó besando aquellos labios y lamiendo esa barba de forma enloquecida.

—¿Os divertís? —preguntó Esteban—. La noche no ha hecho más que empezar.

—Sí, claro —confirmó Samuel—. Todo es tan… gay.

Esteban se rio con ganas.

—Tu atuendo sobre todo —comentó, mirando a su amigo de arriba abajo.

—¿No te gusta? —Mientras hablaba efectuó un giro de bailarina de ballet que llamó la atención de cuantos los rodeaban—. Soy la viva imagen de la discreción, ¿a que sí? Si quieres te canto *Macho man,* aunque mi inglés no es muy bueno.

Esteban volvió a reír. Mientras tanto, David no apartaba en ningún momento la vista de Arturo, que se la mantenía sin pudor, como desafiándolo.

—Muchachos, disfrutad del ambiente —comentó Esteban, dando por concluido el saludo y dispuesto a seguir su ronda estelar entre sus palmeros.

Arturo pasó al lado de David, siguiendo a Esteban, y volvió la cabeza para regalarle otra sonrisa. En cuanto se hubo alejado, David enganchó a Samuel de la camiseta de redecilla y lo atrajo hacia sí.

—¿Pero no decías que le gustaban jovencitos y musculados, bicho malo?, pues no hacía más que mirarme. Además no le has pedido a Esteban que te lo presente.

—Ay, David, qué pesado. No sé, mi amor, el muchacho tendrá

manga ancha. —Luego refunfuñó—. Y no me tires de la camiseta, cariño, que me la vas a romper y me ha costado un ojo de la cara y parte de mi laca de uñas.

David se pasó la siguiente media hora sin perder de vista a Arturo, que no se separaba ni un momento de Esteban. Ya se había tomado tres *gin-tonics* y empezaba a sentir los efectos del alcohol. El juego de miradas entre él y Arturo no se había interrumpido ni un instante; sonrisas, guiños de ojo… Estaba cansado de mordisquearse el labio. De pronto, mientras Tino Casal bailaba hasta morir, Esteban le dijo algo al oído a Arturo, y este se retiró al interior de la casa. Desde la distancia que los separaba, repleta de enloquecidos bailarines que se agitaban como si esa noche se fueran a quedar sordos y paralíticos, David apreció que Arturo lo miraba con descaro mientras se alejaba de su jefe. Cuando entró en la casa, cerró las puertas correderas de cristal que separaban el salón interior de la terraza y se quedó allí plantado, mirándolo. David no sabía qué hacer. A su lado, Samuel se había encontrado con dos amigas, vestidas de un modo tan «discreto» como él, y se había enfrascado en una conversación interminable sobre cremas de cara, maquillajes y lociones para el cabello. David se deslizó con suavidad entre los presentes y se acercó hasta la cristalera como pudo, esquivando vasos, copas y mariquitas enchispadas. Al otro lado del cristal, Arturo lo miraba sin perder aquella tremenda sonrisa que emergía tan sexi entre su tupida barba. David no daba crédito. El único hombre de la fiesta que le gustaba y le hacía caso. ¡Y cómo le gustaba! Aquella era su noche de suerte, no había duda. Con cierta prudencia, se acercó a la cristalera. Arturo lo miró con picardía, sin perder aquel gesto de cordialidad, y le hizo un gesto con la barbilla, como preguntándole qué tal. David oteó con rapidez a su alrededor por si Esteban o Samuel andaban cerca, y después, casi sin poder creerse lo que estaba pasando, centró su atención en aquella pieza de ruda hombría que se le insinuaba desde el interior de la casa de uno de los diseñadores más famosos del momento. Arturo desplazó la puerta de cristal hacia un lado hasta dejar un hueco lo bastante amplio para que pasara David, y luego se dio la vuelta y caminó hacia el interior de la casa, perdiéndose por un pasillo que se abría al fondo. Pese a la experiencia que David ya tenía en el jugueteo del

ligue, no pudo evitar sentirse nervioso, pues se movía en un territorio desconocido para él: una casa en la que nunca había estado, y no quería meter la pata. Pero el morbo, ese inseparable amigo que tantas veces lo había arrastrado a las situaciones más arriesgadas e inverosímiles del mundo, incluso peligrosas a veces, lo dominó una vez más, y no dudó ni un segundo en colarse por el hueco de la puerta y caminar por el elegante salón hacia el pasillo. Solo un pequeño aplique de pared iluminaba el recorrido hacia una habitación en penumbra cuya puerta se abría al fondo. No había nadie, todo el mundo estaba afuera, disfrutando de la fiesta, pero pudo apreciar la silueta de Arturo dentro de aquella habitación, esperando. El lobo-hombre en París hacía vibrar a los presentes en el exterior, mientras David empezaba a caminar con sigilo por el pasillo. No podía evitar una mezcla de excitación y miedo ante lo que pudiera suceder, pero las señales le habían parecido bastante claras.

Cuando entró en la habitación, Arturo cerró la puerta a sus espaldas y el cuarto quedó solo iluminado por la tenue claridad procedente de la fiesta que se colaba a través de los visillos que cubrían una de las ventanas. De pronto notó el aliento de Arturo en su nuca, y cómo unas vigorosas manos lo rodeaban por la cintura.

—No te conozco. —La voz era profunda—. Nunca te había visto en ninguna fiesta de Esteban.

—No conozco mucho a Esteban, soy amigo de Samuel. —David trató de meter la tripa mientras hablaba, intentando no balbucear.

—¿Samuel?, ¿esa mariquita disfrazada de piñata? No me gusta la pluma. Y deja de meter la tripa, que no a todos nos gustan los vientres como tablas. —David no pudo evitar acordarse de Samuel y de sus cristales de Swarovski, y se prometió echarle una buena bronca.

Las manos de Arturo empezaron a acariciarle el pecho por encima de la camiseta, hasta que se colaron por debajo de uno de los tirantes y alcanzaron sus pectorales. David notó un escalofrío y al momento tuvo una erección. Y no era el único, hacía un rato que notaba cierta presión contra la culera del pantalón.

—Pues una pena no haberte conocido antes, jovencito, porque estás para comerte. —Arturo soltó un jadeo que inundó su cuello de ardiente calidez—. ¿Cuántos años tienes?

David se volvió y, con su vista ya acostumbrada a la penumbra, vislumbró a pocos centímetros el rostro de Arturo, su barba cerrada, sus ojos negros.

—Veinte —respondió. Luego rozó con los dedos sus labios y, con más ímpetu del que le habría gustado demostrar, pegó su boca a la de él.

Esa noche, mientras Annie Lennox cantaba sobre un ángel que jugaba con su corazón, Arturo y David ignoraron los suyos y se dejaron llevar por la lujuria que atenazaba sus cuerpos, dando rienda suelta al deseo que se había despertado en ellos nada más verse. Fue un sexo impetuoso, casi vulgar y exento de cariño; un polvo constreñido por un morbo que rebosaba por sus poros como manantiales termales descontrolados. Casi se hicieron daño aferrándose, besándose, comiéndose y lamiéndose. David navegaba entre la enfebrecida pasión que lo sacudía y el miedo a ser descubiertos; y Arturo, por el contrario, vivió la experiencia tranquilo, puesto que, como más tarde le contó a David, Esteban estaba al corriente de sus escarceos sexuales en sus fiestas y le dejaba aquella habitación para ello. No pasó de ser un contacto físico más, de los miles que se establecían a diario en el mundo gay; sexo frío, sin emoción alguna, casi una masturbación compartida, exenta de conocimiento mutuo y orientada al puro desfogue físico, pero, aunque pareció que no iba a ir a más, no quedó ahí.

Porque Arturo y David, quién sabe si arrastrados por esa fuerza del destino de la que cantarían Mecano un par de años después, o porque el deseo físico que los había enlazado esa noche era casi insaciable, volvieron a verse. Y se vieron de nuevo, y otra vez más, y ya nada volvió a ser igual.

3

Cuando abrió los ojos y fijó la vista en el horizonte, los recuerdos se desvanecieron. A lo lejos, sobre el intenso azul, se divisaban dos pequeños veleros que navegaban muy próximos el uno del otro. David suspiró. Por un momento deseó estar en uno de ellos y navegar durante meses hacia lo desconocido, en busca de algún lugar alejado de aquellas costas y del mundo que conocía, donde la vida fuera menos complicada. Todo había empezado muy bien, pero después… En ese momento reparó en un hombre de avanzada edad que se acercaba por su izquierda. Alto, delgado, pero de cuerpo bien formado, vestía unas bermudas blancas y una camisa amarilla con estampados florales; casi parecía sacado de una fiesta hawaiana para la tercera edad. Llevaba muy corto el poco pelo blanco que le quedaba, y lucía una barba bien cuidada, también blanca. Cuando estuvo lo bastante cerca, David observó en él una mirada curiosa. Ojos chispeantes y rasgados destacaban en un rostro bronceado y maltratado por el tiempo que, pincelado con una leve sonrisa, desprendía tranquilidad.

De pronto, el balón con el que jugaban los chicos de la orilla cayó junto a su tumbona y arrojó un puñado de arena sobre él. David dio un respingo; estaba distraído y se sobresaltó. Uno de los muchachos se acercó. Era bajito y de piel muy morena, con el pelo castaño y lacio cubriéndole la frente. Sus ojos, abiertos como platos, lo miraban con una expresión en la que la disculpa y la vergüenza mantenían un incómodo pulso.

—Perdone, señor, ha sido sin querer —dijo con una voz cargada de arrepentimiento. Su rostro y su tono mostraban cierta desazón.

David lo miró malhumorado mientras se sacudía la arena del cuerpo.

—Podríais tener más cuidado, la playa no es solo vuestra.

El chico agachó la mirada, apesadumbrado por la riña, recogió la pelota y se alejó sin dejar de mirarlo de reojo. El hombre de las bermudas blancas, que había contemplado toda la escena, se acercó a la tumbona con paso lento.

—Menos mal que no se había embadurnado usted el cuerpo de crema para el sol —comentó—. Ahora tendría toda la arena pegada. ¡Menudo fastidio!

Visto de cerca resultaba incluso más entrañable. Sus ojos, de un negro intenso, monopolizaban su gesto con chispeante soberanía y le daban un aire casi infantil.

—Sí, es cierto —convino David mientras se ponía en pie. Como había olvidado quitarse los auriculares, el cable que los unía al iPod tiró de este y lo hizo caer sobre la arena—. ¡Mierda! —masculló.

—Vaya. Espero que sus vacaciones hasta ahora hayan sido menos ajetreadas —comentó el anciano.

David recogió el iPod del suelo y le sacudió la arena. Luego miró a su inesperado compañero de charla. El comentario le había hecho gracia. La voz era cálida y grave, muy profunda, incluso cargada de cierta solemnidad. A David le recordó a las voces de los dobladores de las películas antiguas. Había visto una en la que un poderoso rey de Inglaterra tenía una voz muy parecida a aquella, pero no recordaba el título.

—Sí, sí —dijo, conteniendo un poco la risa—, en realidad acabo de llegar. Solo estaré unos días.

El recién llegado caminó hacia la tumbona libre y, mientras se sentaba con tranquilidad, comentó con un tono suave:

—Creo que necesito descansar un poco; uno ya no está para estas caminatas. No le importa si me siento un rato, ¿verdad? —Mientras hablaba se había colocado las manos en las lumbares y lo miraba con gesto de agotamiento.

—Claro que no. —Usó el tono más amable que fue capaz de usar—. He preguntado en el hotel y me han dicho que estas tumbonas las puede utilizar quien quiera.

Su pintoresco acompañante emitió una aguda risilla frágil y llena de vida que contrastaba con su voz grave y profunda. A David le sorprendió que fuera tan risueño; el comentario no había sido en absoluto gracioso.

—Es verdad —comentó—, yo las uso siempre que quiero y nadie se queja. Y mejor que no lo hagan; soy un viejo muy testarudo y algo cascarrabias, y con la edad que tengo he decidido que ya hago lo que me da la gana. Ah, y por cierto, no merece la pena que se enfade con el muchacho, lo de la pelota ha sido solo un accidente.

Las palabras arrancaron una sonrisa a David.

—Sí, es verdad, igual me he pasado un poco.

—El sol, la playa y el mal humor son malos compañeros, joven. Si usted se tuesta enfadado le saldrán arrugas blancas en la cara por tener el ceño fruncido, y eso le dará un aspecto horrible. —Agitó la mano frente a su rostro sonriente—. Hágame caso y relájese, el bronceado queda mucho más uniforme.

David no pudo evitar otra sonrisa; aquel hombre le resultaba divertido.

—Sí, lleva usted razón. —Hizo una pausa y enseguida preguntó—: ¿Es usted del pueblo? —Quería cambiar de tema, el asunto de los enfados y el mal humor no le resultaba muy ameno, y el hombre parecía parlanchín. A poco que se esforzara, la situación se prestaría a una agradable charla que lo ayudaría a distraerse un poco y pensar menos en Arturo.

—Sí, de toda la vida… —respondió el hombre—. De casi toda, que tampoco hay que exagerar. No soy tan viejo como aparento, se lo aseguro. —Sus labios dibujaron una esplendorosa sonrisa—. Vivo en una casa al otro lado del pueblo. Una casa demasiado grande y solitaria, diría yo, para un hombre de mi edad. Pero es que tampoco tengo otro sitio donde ir, ¿sabe? Y esa casa tiene una historia muy unida a mi vida. Me llamo Miguel, por cierto. No me había presentado; pensará usted que soy un viejete maleducado y pueblerino.

—No, claro que no. No pienso eso. Yo soy David, encantado. —Le ofreció la mano y no pudo evitar recordar la enorme casa que había visto desde la ventana del hotel—. No es cierto que aparente mucha edad. Se conserva en buena forma física.

El hombre lo miró con los ojos muy abiertos y volvió a reírse con aquella risa que recordaba al tintineo de unas campanillas.

—¿De verdad? —exclamó—. Hombre, muchas gracias, pero tengo ya setenta y seis. Y ya pesan, se lo aseguro. Con esta edad a uno solo le apetece descansar.

David hizo un gesto de desdén con la mano.

—Bah, no los aparenta, se conserva bien.

—Me cuido mucho —continuó Miguel—. Camino todos los días, trato de llevar una dieta equilibrada… En fin, todo eso que ignoramos durante toda la vida y que a partir de cierta edad nos crea terribles cargos de conciencia y no nos deja conciliar el sueño. Hágame caso, cuídese, si no, luego se arrepentirá y se convertirá en un viejo cascado y lleno de dolores. ¡Menudo fastidio! —Chasqueó con la lengua y enseguida cambió de tema—: Así que lleva poco en el pueblo.

—Llegué esta mañana.

—Es usted un turista recién llegado. Entonces tiene todas las vacaciones por delante… —David estaba terminando de limpiar el iPod con la toalla. Cuando acabó, lo colocó con cuidado sobre la bolsa que había dejado en la arena, entre las dos tumbonas—. Usted sí que parece muy joven.

—Tengo ya cuarenta años…

—Cómo que ya. ¿Y eso le parece mucho? —Nueva risa—. Pero si tiene usted toda la vida por delante, muchacho.

—Sí —respondió David, algo titubeante—, supongo que sí. Y si no es del pueblo, ¿de dónde es usted?

—De Madrid. —Se acarició la barba con suavidad—. Pero llevo casi cincuenta años viviendo aquí.

—¡Cincuenta años! Vaya, yo ni había nacido. —David sonrió—. Por cierto, también soy de Madrid.

—¡No me diga! Sí, ya me parecía a mí. —Se escuchó de nuevo la risita musical—. Por aquí vienen muchos madrileños huyendo del ruido y la contaminación, en busca de mar, sol y fresco, que por estas tierras nunca hace demasiado calor. ¿Ha venido solo? —La pregunta cogió a David de improviso.

—Sí.

Miguel, recostado en la tumbona, había cerrado los ojos. La arru-

gada piel se notaba bronceada por el sol. Era cierto que no aparentaba su edad. A David le sorprendió la vitalidad que desprendía.

—Estupendo, así puede aprovechar para relajarse. La soledad es a veces la mejor compañera.

—Cierto.

Miguel lo miró risueño y comentó con tono agradable:

—¿Y si empezamos a tutearnos? Ya nos conocemos hace unos diez minutos, y ese tiempo puede ser una eternidad si se emplea de forma adecuada.

David fijó la mirada en el horizonte, con gesto melancólico.

—No hay problema —respondió sin apartar la vista de la inmensa masa de agua.

Miguel miró el iPod que descansaba sobre la bolsa y comentó con naturalidad:

—Yo no consigo acostumbrarme a estos trastos modernos. ¿Me permites? —Le pedía permiso para cogerlo.

—Claro. No es tan difícil. Solo hay que pillarle el truco. —Se dispuso a observar con curiosidad cómo manipulaba el aparato su avispado compañero de charla.

Al cogerlo, Miguel pulsó sin querer sobre el botón de encendido, y al momento apareció en la pantalla el título del último disco que David había estado escuchando.

—¡Vaya! Muy buen gusto musical. El *Concierto n.º 2 para piano* de Chopin. Maravillosa obra.

—Sí, me gusta mucho.

—La música clásica es también buena compañera. —Sonrió—. Pero un poco de marchita también viene bien, ¿no? —Levantó los brazos, haciendo girar las manos de un lado a otro, y se meneó hacia los lados, imitando el típico bailecillo tontaina de discoteca veraniega.

David volvió a sonreír.

—Sí, claro, lleva usted razón; a mí me gusta casi todo tipo de música, sobre todo la electrónica y la de baile… Ah, y los Beatles.

—Eh, eh, ¿no habíamos quedado en que nos tuteábamos?

—Cierto. —Soltó una risa algo forzada—. Lo había olvidado. —Miguel lo miraba con ojillos chispeantes y una sonrisa de medio lado—. Hay músicas para cada momento.

—Así es, amigo mío. —David guardó silencio y volvió a sonreír. Lo de «amigo mío» le había sorprendido por el poco tiempo que hacía que se conocían—. Los Beatles son más de mi época.

—Me viene de familia. —David no pudo evitar acordarse de su madre entonando *Penny Lane*.

—Pero es innegable que Chopin evoca grandes sentimientos; era un gran romántico. —Miguel había entrecerrado los ojos, mirándolo con picardía.

—Sí —corroboró David—, le daba mucha importancia al amor, quizá demasiada.

—¿Demasiada? —exclamó Miguel, sorprendido pero sin perder la afabilidad de su tono—. Da la sensación de que el amor no te inspira mucho respeto, lo mencionas como si fuera algo muy trivial para ti.

David miró a su alrededor. Los dos jóvenes seguían jugando a la pelota, pero a mucha más distancia. Escuchó el ruido del oleaje y, tras unos instantes, disimulando la tormenta que rugía en su corazón, comentó con voz pausada:

—Quizá. Cada cual es dueño de sus propias historias, ¿no crees?

Miguel carraspeó. Se mostraba un poco contrariado, pero la templanza de su voz parecía inalterable.

—Desde luego —comentó sin un ápice de sarcasmo—. Qué mayor historia que la propia vida. Quizás yo soy otro romántico, como Chopin, solo que no sé música, ni tocar el piano, ni componer obras tan maravillosas como él. Pero prometo aprender. Espero tener aún vida suficiente, que ya estoy muy mayor, pero sería una gran frustración no dejar un legado musical tras mi paso por este mundo, como hizo él.

David lo miró perplejo y percibió la oculta sonrisa que luchaba por escurrirse de sus labios. Después estalló en una carcajada, consciente de la ironía.

—¿Siempre te lo tomas todo así? —preguntó—. ¿Con tanto sentido del humor?

Miguel volvió a soltar su risita musical.

—Sí, creo que sí, no hay que perder el sentido del humor ni aunque te acerques a los ochenta, si no, mal nos va a ir. En realidad mi vida está tan llena de claroscuros como la de cualquiera, pero ahora,

con el final tan cerca, lo veo todo de forma positiva, con la conciencia muy tranquila.

David no pudo evitar que la sensatez y certeza de la respuesta le agobiaran un poco, y murmuró:

—Eres optimista. Es mejor no pensar mucho en el tiempo que nos queda.

Miguel lo miró y se humedeció los labios.

—Ay, amigo mío, si fuera tan fácil seleccionar los pensamientos que se aventuran en nuestra cabeza, todo sería menos complicado. Pero cuando tienes muchas horas para pensar hay que aprender a vivir con determinadas certezas que vuelven una y otra vez aunque no sean bien recibidas. Siempre andan por ahí, como visitantes inoportunos que acechan en los rinconcillos de nuestros recuerdos. No sirve de nada ignorarlas. Así que lo mejor es convertirlas en nuestras amigas y darles la bienvenida, porque, quieras o no, van a venir a visitarte cada hora de silencio. Sonríeles, y al final hasta te caerán bien.

David asintió. Las palabras de aquel hombre le tranquilizaban mucho; tanto, que empezó a sentirse un poco incómodo, como si su situación personal no encajara en tan sosegada escena.

—Empieza a hacerse tarde —dijo mientras recogía su iPod y lo metía en la bolsa—. Creo que me voy a ir retirando. —Se levantó y empezó a ponerse la camisa.

Miguel también se había incorporado. De pronto, durante un instante, miró hacia el horizonte del mar con un breve atisbo de tristeza. Era la primera vez que dejaba entrever ese sentimiento desde que había iniciado la charla, pero enseguida recuperó la sonrisa y, de nuevo con tono relajado, comentó:

—¿Alguna vez has contemplado algo más bello que el mar?

David, sin dejar de mirarlo de reojo, recorrió la línea del horizonte con un vistazo rápido.

—No, es probable que sea una de las cosas más bellas del mundo. Los que vivimos en la capital y lo vemos poco lo echamos mucho de menos.

Miguel no pudo evitar que una sombra de melancolía cruzara su cara, y esbozó una sonrisa que sorprendió a David por el brillo que desprendía.

—Estoy de acuerdo. —Hizo una breve pausa y añadió—: Creo que yo me voy también. Hace fresco cuando se quita el sol. —Se levantó y estiró las piernas, soltando un bufido—. Maldita artritis. Casi puedo oír cómo me crujen las articulaciones —refunfuñó—. Y eso que camino todos los días por aquí para mantenerme en forma. Mis huesos no son lo que eran, ¡menudo fastidio!

David se quitó las gafas de sol y las guardó en la bolsa.

—Haces bien. Ya sabes; tú mismo has dicho que hay que cuidarse. Igual mañana estoy de nuevo por aquí —añadió, sin saber muy bien por qué—. La charla ha sido agradable.

—Encantado de conocerte, David. —Miguel le cogió la mano y la apretó con fuerza. El tacto era suave y cálido—. Espero que tu estancia en esta humilde localidad te resulte amena. Es un sitio muy tranquilo y los vecinos son gente muy simpática. A mí me han tratado muy bien todos estos años. —Soltó otra risita de las suyas—. Igual si das un paseo alguien te habla de mí. Ya sabes; mucho tiempo paseando por esta playa y recorriendo esas calles empedradas. Soy bastante popular: el viejete de la casa del acantilado. Si te cuentan algo malo, dime quién ha sido que prometo vengarme. —Volvió a reír.

David, un poco sorprendido por la curiosa puntualización, se limitó a asentir, no sin antes obsequiarle con una sonrisa de despedida. Se dio la vuelta y empezó a alejarse en dirección a las escaleras que conducían al hotel. En ese momento, la voz de Miguel le hizo girarse de nuevo.

—Permíteme un humilde comentario, madrileño, y no me hagas mucho caso porque apenas nos conocemos y mi cabeza anda ya un poco cansada. —Permanecía en pie, recortado sobre el horizonte del mar. La brisa levantaba las puntas de su florida camisa y le pegaba las bermudas a las piernas—. Piensa en eso, en lo de no darle mucha importancia al amor, porque igual es que no has buscado en el lugar adecuado. —Se volvió y se alejó con paso tranquilo.

David se quedó mirándolo y fue incapaz de moverse de allí durante un buen rato, hasta que la figura de Miguel desapareció en la distancia y se fundió con el paisaje. Ya no quedaba nadie en la playa. Con gesto apesadumbrado, dio media vuelta y caminó hacia el hotel.

4

Madrid. Octubre de 1990.

David y Tomás se habían sentado en aquella mesa del Vips de la plaza de los Cubos que solían ocupar, en ese rincón con aquel estúpido cuadro del tenedor gigante sobre sus cabezas. Tomás era el mejor amigo de David. Su mejor amigo heterosexual, en realidad. Se habían conocido cuando ambos tenían doce años, en el patio del colegio de Carabanchel donde estudiaban.

David procedía de una familia humilde; su padre era albañil y su madre se dedicaba a sus labores, como llamaban en esa época a los empleos que ocupaban solo las mujeres y que consistían en atender una familia y cuidar de una casa durante veinticuatro horas al día. Se habían conocido en el concierto que dieron los Beatles en Madrid el 2 de junio de 1965 en la plaza de toros de Las Ventas, y se habían dado su primer beso cuando volvían a casa, en la entrada de la boca de metro, rodeados de las fuerzas de policía del gobierno franquista, que consideraba el concierto de aquellos cuatro irritantes melenudos casi un problema de Estado. Justo nueve meses después, fruto de aquella eufórica noche de alegría musical, nació David, al que llamaron así porque John, Paul, George o Ringo no eran nombres muy apropiados para un muchacho español. Sus padres se habían casado de penalti, es verdad, pero su madre siempre se excusaba diciendo que él era fruto del amor que ella y su padre se profesaron desde el primer instante en que se vieron, así como de la pasión que ambos sentían por el cuarteto británico. Incluso le contó que a veces, siendo él solo un bebé, ella homenajeaba aquella pasión musical que le había

dado origen cantándole *Love me do* o *Can't buy me love* para que se durmiera. Quizá por eso, porque sus primeros años de vida estuvieron llenos de música, y porque escuchaba más las voces de Lennon y McCartney que las de sus propios padres, David empezó a ser un melómano desde muy joven, y con solo once años se compró su primer vinilo: *Heroes* de su tocayo David Bowie. Ya desde ese momento sus padres deberían haber sospechado que los gustos musicales (y los no musicales) de su hijo se moverían por terrenos más pintorescos y trasgresores que los del cuarteto de Liverpool, pero en ese momento solo pensaron en lo muy moderno que era aquel muchacho suyo, que prefería la música de alguien tan sofisticado como Bowie antes que a Pablo Abraira o Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina, que por aquel entonces arrasaban en las listas de éxitos.

En esa época David ya estudiaba en un buen colegio porque sus padres prefirieron hacer un esfuerzo económico y ahorrar para poder pagarle a su único hijo una enseñanza en condiciones. Y fue allí donde conoció a Tomás, un muchacho desgarbado, bajito, gordito y con el pelo pincho. Mañanas de recreo, Tigretones y Bucaneros los habían unido de forma casual, sobre todo por los cromos de los pastelitos que ambos coleccionaban y por su afición a la televisión y al cine. Ninguno se perdía *Los hombres de Harrelson, Starsky y Hutch* o *Pipi Calzaslargas,* y a veces se pasaban largos ratos comentando los episodios. El día que descubrieron que a ambos les gustaba *La guerra de las galaxias,* su vida cambió para siempre, y cuando ambos decidieron coleccionar los cromos de la película que se vendían en sobres en los quioscos de prensa y, poco después, Tomás le cambió a David el de Chewbacca, su amistad quedó sellada de por vida.

Tomás era además un alumno muy inteligente y aplicado, algo que agradaba mucho a los padres de David, máxime cuando el muchacho enseguida se ofreció para ayudar a su amigo con los estudios. No es que David fuera menos inteligente que él, pero sí era bastante más vago a la hora de coger los libros. Desde ese día, muchas tardes, después del horario de clases, Tomás iba a casa de David para ayudarlo a hacer los deberes. La costumbre se convirtió casi en rutina, y los dos amigos compartieron muchas tardes de meriendas, cuadernos, casetes y Madelmanes, lo que les permitió ir conociéndose y for-

jar una sincera amistad. También iban juntos al cine, las veces que sus padres convenían en llevarlos, y a finales de 1980, cuando el de David los llevó a ver *El imperio contraataca,* lloraron y lamentaron juntos la amputación de la mano de Luke y el destino del pobre Han Solo, y se prometieron que, pasara lo que pasara con sus vidas, verían la tercera parte juntos.

Mientras David y Tomás vivían esos años y se adentraban en la adolescencia, el país se agitaba con la recién llegada democracia y los españoles se iban librando poco a poco del lastre ideológico y cultural que cuarenta años de dictadura habían cargado sobre sus espaldas, dispuestos a abrazar una libertad sin ira que les había sido secuestrada durante demasiado tiempo. Eran años de cambio, de nuevas tendencias en todas las artes, que agitaron el ambiente cultural de Madrid con un brío desatado, casi vital y necesario para aquella resurrección. La Movida Madrileña alcanzó de lleno a David y Tomás, que enseguida pasaron de sentir horror en el hipermercado a enamorarse de la moda juvenil o cantarle a la chica de ayer, y se dejaron llevar por aquella corriente de libertad artística en la que cabía casi todo, desde las coloridas crestas de Alaska a las provocadoras películas de Almodóvar.

Y en medio de aquella época de cambios sociales fue cuando David empezó a darse cuenta de que él también estaba experimentando ciertos cambios que lo diferenciaban del resto de sus amigos. A veces, Tomás traía a su casa —escondida con habilidad entre los libros de texto— alguna revista porno que le había cogido a su hermano. Aquello era algo muy habitual entre los adolescentes de la época, que veían el sexo como un territorio prohibido demonizado por la Iglesia católica y el régimen franquista durante años. En esas ocasiones, cuando los dos hojeaban la revista, a David no le llamaban la atención las mujeres, sino los hombres. Aquellos sentimientos le asustaron al principio, pero pronto empezó a aceptarlos y a esconderlos en un reducto secreto de su intimidad, en lo más profundo de su mente. Pensaba que era algo que había nacido allí, en su interior, y que mientras no cruzara la barrera que separa pensamiento y realidad no supondría problema alguno para él. Además, lo más seguro es que fuera algo pasajero. Aquella represión consciente acompañó

varios años a David, pero pronto, a medida que se adentraba en la pubertad, se convirtió en una carga casi insoportable para él, en un pensamiento recurrente que jamás abandonaba su cabeza.

En una de las fiestas que las diferentes clases organizaban los viernes para recaudar dinero para el viaje de fin de curso, Tomás le pidió salir a Fátima, una muchacha morena, de almendrados ojos negros, que iba un curso por encima de él, pero que le había cautivado nada más verla, en las horas del recreo. El inicio de la relación de Fátima y Tomás, un rollito adolescente más que otra cosa, supuso un pequeño distanciamiento entre ambos amigos, lo que obligó a David a juntarse con otro grupo de su clase, muy aficionado también a la música, que solía salir los sábados por la tarde. Había chicos y chicas y eran simpáticos, pero David notaba cada vez más que no encajaba en aquel entorno y que las conversaciones que mantenía con los chicos, centradas, sobre todo, en los ligues de ellos y en el tamaño de las tetas de ellas, no iban para nada con él.

El secreto de David lo ahogaba cada vez más, porque por mucho que lo intentara era incapaz de sentir lo mismo que los otros muchachos, y eso que una jovencita del grupo llamada Claudia bebía los vientos por él de forma descarada y no tenía el menor reparo en demostrárselo a la mínima oportunidad, ya fuera con gestitos, risitas o mohines aniñados. Aquella desubicación de David se veía acrecentada por el distanciamiento de Tomás, que, como era lógico, le dedicaba la mayor parte del tiempo a su novia. Alguna vez habían quedado los tres, y lo cierto es que Fátima era una muchacha muy agradable y simpática, fan terminal de Siouxie and the Banshees y Echo & The Bunnymen, siempre enfundada en ropa negra y con el pelo cardado, pero en esas ocasiones nada era como antes, puesto que la atención de Tomás se centraba en su chica, y aquella complicidad de la que los dos amigos habían disfrutado en otros tiempos se iba diluyendo cada vez más. A David le daba miedo que ese alejamiento acabara enfriando demasiado su amistad, y cuando Tomás y él quedaron, en mayo de 1983, para cumplir su promesa de ir a ver *El retorno del jedi* juntos, David ya había tomado la decisión de hablarle a su amigo de su secreto. Pero no vio momento de plantearle la cuestión, pues su pasión por Han, Luke y los demás perso-

najes de la saga galáctica acaparó toda la charla posterior a la sesión de cine. David no se habría perdonado romper aquella magia entre ellos que echaba tanto de menos, y que resurgió en ese momento con renovado brío y frescura. Tuvo que esperar hasta septiembre, una tarde que los dos quedaron solos para ir de compras y charlar de sus cosas. Hacía tiempo se veían con frecuencia, pero habían perdido aquella sana costumbre, así que David insistió hasta convencer a Tomás para que lo acompañara a Madrid Rock.

David se había comprado *Construction time again,* de Depeche Mode; y Tomás, *Crisis,* de Mike Oldfield, y ambos comentaban lo mucho que les unía la música y que tenían que intentar mantener esos momentos para ellos dos solos, por mucho que les costase encontrar tiempo para ello. El bienestar que le provocó a David aquel reencuentro, y lo distendido de la charla, lo animó a tomar la iniciativa e iniciar una larga cháchara que no llevaba a ninguna parte; solo iba de un lado a otro sin centrarse en el tema que se negaba a salir de sus labios, como si verbalizar aquello que llevaba tanto tiempo sintiendo lo convirtiera en algo malo. Que si las chicas son raras y no tengo suerte con ellas, que si creo que soy un poco diferente, que si estas cosas le pueden ocurrir a cualquiera… Tras casi media hora cabalgando con displicencia por los cerros de Úbeda, David se quedó callado cuando Tomás lo miró de hito en hito por encima del pedazo de tortita empapado en nata y chocolate que había pinchado en su tenedor. Tras un minuto de silencio, su amigo se lo zampó y, con gesto tranquilo, le dijo: «David, deja de dar rodeos. Quieres que lo diga yo, y no lo voy a hacer; tienes que decirlo tú, porque después te sentirás mejor, ya lo verás». Luego le había sonreído, meneando aquel pelo pincho que el paso de los años era incapaz de doblegar. Y así había sido; decirlo liberó a David de una carga y le permitió comprobar que sus miedos no eran más que fantasmas que creaba su propia mente, y que el rechazo que creía que iba a recibir de la gente no era sino un reflejo del rechazo que él aún sentía hacia sí mismo. Hasta que no se aceptara tal y como era, no sería feliz, así que se puso a ello y decidió asumir su tendencia sexual con la mayor naturalidad posible. Por supuesto, tuvo desde entonces el inestimable apoyo de su amigo Tomás, que no dudó en mantener

con él cuantas conversaciones necesitara, y de sus padres, que, cuando descubrieron la orientación de su hijo, se sintieron todavía más fascinados por lo sorprendente y pintoresco que podía llegar a ser aquel retoño suyo y lo apoyaron sin ningún reparo. Su madre, a veces, incluso le interrogaba sobre temas sexuales, incapaz de comprender los roles femenino y masculino que, para ella, debían existir en toda pareja. Pero David le explicó que aquello no era del todo así, y la mujer se sintió un poco sorprendida y decidió no preguntar más, por si las respuestas estaban por encima de lo que podía aceptar con comodidad su actitud tan liberal. Fátima, la novia de Tomás, acabó también involucrada en el tema, porque David le pidió a su amigo que se lo contara, y la muchacha no solo lo aceptó muy bien, sino que hasta se emocionó de tener un amigo homosexual porque le parecía algo de lo más moderno en esos tiempos.

El apoyo incondicional de Tomás animó a David lo suficiente como para decidirse a salir por «el ambiente», los locales gais que en esa época empezaban a dejar de ser cuchitriles clandestinos para convertirse en simples bares de copas. Y en su primera salida nocturna fue cuando conoció a Samuel.

Y ahora, bajo el cuadro del tenedor gigante, ya casi un tertuliano más de sus cada vez más escasos encuentros, David y Tomás se disponían a disfrutar, como hacían siempre, de su longeva amistad.

—¿Cuánto tiempo hacía que no quedábamos? —preguntó Tomás, y bebió un poco la espumosa jarra de cerveza que había pedido.

—Por lo menos tres meses. —David trató de sonreír, pero le costó un poco—. Ya lo echaba de menos.

—Desde que estás con Arturo te has distanciado un poco. Y eso no es bueno, los amigos son muy importantes.

—Sí, tienes razón. —David se había pedido una tónica y, mientras hablaba, miraba distraído las burbujitas que subían entre el hielo y se adherían a la rodaja de limón—. En los últimos cuatro años hemos quedado muy poco, es cierto, pero tú también te distanciaste cuando empezaste a salir con Fátima, así que no me lo reproches.

—Pero siempre he reconocido que aquello no estuvo bien —afirmó tajante—, y no me gustaría que cayeras en el mismo error.

David asintió, pero su rostro se mantenía serio, con cierto aire de

pesadumbre. En ese momento, el camarero les trajo una ración de aros de cebolla que habían pedido para compartir. Cuando se marchó, Tomás retomó la palabra:

—¿Qué te pasa? Te veo un poco tristón. ¿Problemas con Arturo?

—No, para nada —respondió David, resuelto, ignorando de pronto las burbujas y el limón y mirando de nuevo a su amigo—. Estoy bien.

—Pues no lo parece. No me gusta meterme en tu vida, pero…

—Es que estoy un poco cansado de algunas cosas, eso es todo.

Tomás conocía a David lo suficiente como para tener la certeza de que aquella escueta explicación era solo la punta de un iceberg muchísimo más grande y con toda seguridad mucho más complejo, pero sabía que si trataba de sacarle a su amigo algo más se pondría a la defensiva; se había vuelto muy temperamental.

—Vaya, lo siento. Pero piensa que las relaciones pasan por etapas, no le des mucha importancia.

—Además…, estas últimas semanas me acuerdo mucho de Samuel.

—¿Cuánto tiempo hace que os enfadasteis?

—Más de tres años. —David cogió un aro de cebolla y se lo llevó a la boca—. Y lo echo de menos, incluso he pensado en llamarle.

—Hazlo. —El gesto de Tomás denotaba aquella complicidad que el paso de los años no había borrado—. Si no, te arrepentirás.

David se mantuvo unos segundos en silencio y por fin añadió:

—Sí, igual lo hago.

—Magnífico. —Tomás se dispuso a cambiar de tema—. Arturo y tú habéis estado hace poco en Berlín, ¿no?

—Sí. —A David pareció cogerle por sorpresa el comentario.

—¿Y qué tal?

—Bien. —Fue la escueta respuesta. Tomás no pudo evitar cierta perplejidad, pues a David le encantaba hablar de los viajes con su novio, de lo bien que se portaba con él…—. Hay algo más que quiero contarte —dijo de pronto, intentando esta vez cambiar él de tema. Mientras masticaba un aro de cebolla—. Voy a dejar el trabajo en la tienda.

—¡Vaya! ¿En serio? —Tomás arrugó un poco el ceño—. ¿Y eso por qué?

—No es necesario que trabajemos los dos, y Arturo prefiere que yo esté en casa, él viaja mucho y así yo puedo ocuparme de la casa mientras él no está…

—Pues no me parece razón suficiente, perdona que te lo diga. —David no dijo nada y bajó la mirada—. ¿Y cuándo vas a dejarlo?

—En enero. —La mirada de David era firme, pero se advertía incomodidad en sus gestos. Tomás tenía claro que había algo que no quería contarle.

—No sé… Te vas de tu casa a vivir con Arturo y ahora dejas el trabajo… Todo porque estás muy enamorado de ese hombre, al parecer. Es todo un poco forzado y algo artificial.

—Cuando se está enamorado hay que sacrificar ciertas cosas.

—¿De verdad lo crees? —El silencio fue la única respuesta—. Ya veo. —Tomás lo miraba cada vez más sorprendido—. Tú vas a ser algo así como el ama de casa, ¿no?

—Lo dices como si Arturo me tratara como a una chacha. —El tono fue un poco irritado—. Y no es así, es muy detallista conmigo, me trae regalos de todos los sitios a los que va; perfumes, ropa, discos…

—Sí, eso me lo has contado mil veces. Aun así, creo que deberías guardarte un poco las espaldas con el tema del trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que igual no es muy apropiado que tu economía dependa de otra persona. Es mejor tener tu propia independencia, al menos en eso. ¿Qué pasa si Arturo y tú cortáis?

David le lanzó una mirada fulminante.

—Eso no va a ocurrir. —Se calló en seco, devolviendo la atención al limón de la tónica.

—No te enfades, ¿vale? Llevas una temporada muy susceptible.

—Es que a ti no te cae bien Arturo, creo yo.

—Pero ¿de qué coño hablas? —A David le sorprendió el taco, porque Tomás no solía decirlos—. Si solo lo he visto una vez, el día que nos lo presentaste a Fátima y a mí.

—Pues entonces no sé por qué lo dices.

Tomás guardó silencio unos momentos, reflexionando sobre el rumbo que había tomado la conversación que, de pronto, se había vuelto un poco incómoda. Los aros de cebolla se habían acabado.

—¿Quieres que pidamos algo más? —preguntó.

—No me apetece nada. —David se había puesto muy serio y se removía en su asiento.

—Lo siento —empezó Tomás—, no quería molestarte; es solo que me preocupo por ti, nada más.

—¿Cuándo es la boda?, por cierto. —David trataba otra vez de cambiar de tema.

—En mayo; es el único mes que los padres de Fátima pueden venir desde Tenerife. Vendrás, ¿no…? Quiero decir que vendréis los dos, Arturo y tú.

David lo miró de soslayo. Se mordía el labio inferior.

—Sí, iremos, no creo que haya problema.

De forma extraña, el distendido ambiente que solía acompañarlos en sus citas se había enrarecido, así que Tomás optó por ponerle fin a la merienda.

—Si quieres nos vamos ya, tengo la sensación de que hoy tienes un día malo.

—No es eso, es que estoy un poco cansado. —David quería evitar mirar a su amigo a los ojos.

Pagaron la cuenta y salieron del Vips. Junto a los famosos cubos de la plaza, ambos amigos se despidieron, puesto que iban en direcciones opuestas. Se dieron un beso en las mejillas, como hacían siempre.

Tomás se fue a casa con cierto malestar, tratando de entender qué le había dicho a David que le había molestado tanto, pero no fue capaz de dar con ello. Estaba seguro de que su amigo no había sido sincero con él, y aquello no solo le dolió de verdad, sino que le provocó mucha tristeza.